

PERSONALIDAD Y CARISMA

La transformación de la persona por la gracia divina

RIFORMA CAPPUCCINA
500
1528-2028

Fue, pues, la mano del Señor la que se posó sobre él y la diestra del Altísimo la que lo transformó (1Cel 2)

En portada:
Paolo Orlando, *Árbol seráfico capuchino* (2023), óleo sobre tabla. Roma, Capilla de la Curia General OFMCap, nave.

Roma, 29 de septiembre de 2026
Fiesta de los Santos Arcángeles

Prot. N. 00607/26

A todos los hermanos

Personalidad y carisma

Queridos hermanos,

El camino de preparación para celebrar el V Centenario de la Reforma Capuchina nos ha ofrecido la oportunidad de volver a los orígenes de nuestra vocación evangélica y recordar los rasgos fundamentales de nuestra *forma de vida*, motivándonos, al mismo tiempo, a reavivar la llama de nuestra identidad carismática. Si bien es importante revisar los documentos vinculantes de nuestra familia religiosa e intentar actualizar su contenido en el momento histórico que estamos viviendo, resulta de capital importancia que cada uno de nosotros examine, delante de Dios, su propia vida y la manera de responder al don sagrado de la vocación.

El Altísimo y Sumo Bien, en efecto, ha colocado en nuestras manos el don del *carisma franciscano y capuchino*, nos ha confiado su cuidado y nos ha invitado a dar fruto abundante, esto es, a transformar nuestra vida siguiendo las huellas de nuestro Señor Jesucristo (cf. Rb I,1), tal como lo hicieron san Francico de Asís y todos los santos capuchinos. Para que sea posible la transformación de nuestra vida conviene profundizar en el conocimiento de sí y aprender a sujetar, como exhorta el santo en sus admoniciones, al enemigo, es decir, al propio yo con sus vicios y pecados (cf. Adm X,2).

El subsidio que presentamos, ***Personalidad y Carisma***, es una reflexión que ha surgido en el contexto de las reuniones del Consejo General, pues detrás de cada situación conflictiva o escandalosa que afecta a nuestra familia religiosa se hallan hermanos concretos, cada uno con su propia personalidad. Las siguientes consideraciones pretenden recordarnos que todo carisma, y de manera particular el nuestro, entendido como la acción de Dios en la vida de una persona, lleva en sí la fuerza necesaria para transformar su existencia, como atestigua el mismo Francisco en su Testamento (cf. Test 1-2). Para que esto sea posible se requiere, no cabe duda, la disposición total de la persona y una profunda relación vital con el Altísimo

Les invitamos a meditar en silencio estas consideraciones, a reflexionarlas de manera personal y/o en fraternidad, y a dejarse interpelar por el Espíritu del Señor que siempre nos impulsa a la transformación de nuestra vida. En la medida que cada uno custodie el carisma que ha recibido y se deje transformar por el Señor, en esa misma medida se irá reavivando la llama de nuestro carisma en toda la Orden.

Les encomendamos en nuestras plegarias y rogamos al Señor Dios nos disponga para una verdadera y constante transformación de nuestra vida.

Fr. Roberto Genuin
Ministro General OFMCap.

La transformación de la persona por la gracia divina

Introducción

1. Una de las principales tareas del Ministro general, auténtico sucesor de nuestro santo Fundador,[a] ayudado por el Consejo general,[b] consiste en promover la fidelidad creativa al carisma[c] y proponer maneras concretas para encarnar con simplicidad nuestra forma de vida evangélica y revitalizar nuestro testimonio apostólico en las diversas regiones y culturas donde estamos presentes.[d] La fidelidad creativa al carisma implica *recordar* a todos los hermanos quiénes somos y cómo estamos llamados a vivir en este mundo y, al mismo tiempo, *advertir* con claridad sobre aquellas situaciones internas y externas a la Orden que amenazan con debilitar, distorsionar o banalizar nuestra identidad carismática.

[a. Const.12,1; b. 125,7; c. *cf*. 6,1; d. *cf.* 6,3]

2. El subsidio enviado por el Consejo general sobre *Nuestra identidad carismática* pretendía, justamente, recordar a todos los hermanos de la Orden cuáles son las características fundamentales de nuestra forma de vida y cómo podrían actualizarse, de manera personal y en fraternidad, teniendo en cuenta los diferentes contextos culturales donde estamos presentes. Esperamos que los hermanos hayan recibido con entusiasmo este material y su reflexión haya provocado el deseo de reavivar la llama de nuestro carisma y el anhelo de vivir con autenticidad nuestra vocación de Hemanos Menores Capuchinos.

3. Una de las amenazas que interiormente nos debilita, identificada en no pocas circunscripciones, consiste en la pérdida de interés por la lectura de artículos, libros o documentos relacionados con nuestra forma de vida y la escasa reflexión crítica que se suscita entre los hermanos. Quizá algunos hermanos ni siquiera hayan leído el material sobre *Nuestra identidad carismática* publicado el pasado mes de agosto de 2025. No obstante lo anterior, sabemos que muchos hermanos leen críticamente con asiduidad y reciben con expectativa los subsidios que la Curia general, y otras instancias de la Orden, proponen para el estudio y la reflexión sobre nuestra forma de vida.

4. Si bien la progresiva pérdida de entusiasmo por la lectura crítica podría constituir una verdadera debilidad al interior de la Orden, quizá por la influencia de la cultura de la imagen, de la información instantánea o el predominio de contenido superficial, existen otras amenazas que sigilosamente, como la gota de agua que golpea constantemente la roca, van debilitando la vigorosidad de nuestra forma de vida y van afeando la belleza de nuestra identidad carismática. Quisiéramos, en esta oportunidad, evidenciar una de esas debilidades que internamente lesionan nuestra vocación capuchina y proponer unas consideraciones que sirvan para estar *atentos y vigilantes*, no sea que la sutileza de esta amenaza pase inadvertida para muchos hermanos y siga distorsionando nuestra forma de vida.

[*Cf.* Mc 13,35-36]

5. La sutileza de esta amenaza se explicaría por la convergencia de varios factores, a saber, el supuesto de saber con claridad en qué consiste, dar por descontado su permanencia e inmutabilidad, la dificultad para comprender su dinamismo y su intrínseca capacidad de transformación, la idea de pertenecer a un área del conocimiento diferente a la teología o al discurso religioso y, en última instancia, su ausencia en las conversaciones habituales de los hermanos. Todos estos factores, entre otros, invisibilizan esta amenaza y le confieren una inquietante capacidad de influencia que suele actuar desde la sombra, generando un considerable impacto que suele afectar la manera como vivimos y, por tanto, la fidelidad a nuestra identidad carismática.

6. Esta amenaza silenciosa es la *personalidad*. Quizá muchos se sorprendan al considerar la personalidad como una amenaza para nuestra forma de vida, sorpresa que se explicaría por los supuestos que de ella tenemos y por los diferentes significados que esta palabra representa para cada uno de los hermanos. Para algunos se trataría de una realidad asignada en el momento del nacimiento, quizá antes de la concepción, que determina la forma de ser y de actuar de una persona desde el inicio hasta el final de su vida; para otros sería una especie de imposición familiar y social que coarta la libertad personal y genera opresión; otros pensarán que se trata de una estrategia de adaptación a diferentes situaciones, adquiriendo formas diversas dependiendo del contexto y de las habilidades de la persona; otros, en suma, permanecerían indiferentes ante esta cues-

tión y le restarían importancia.

7. No es tarea fácil comprender el significado de la palabra personalidad. Tampoco resulta comprensible cómo puede ser considerada una amenaza real para la vivencia auténtica de nuestra identidad carismática. A pesar de la aparente incompatibilidad entre personalidad y carisma, por tratarse de constructos que, supuestamente, serían tratados por disciplinas distintas, conviene no descartar su mutua implicación y su posible interacción dinámica. Creemos, por tanto, que una reposada y documentada reflexión sobre este asunto nos podría ofrecer elementos valiosos para comprender cuál es el significado de la palabra personalidad y cómo podría afectar la vivencia de nuestra identidad carismática.

8. Para lograr este propósito necesitamos establecer un diálogo fecundo entre disciplinas distintas, valorando y respetando sus propios objetos de estudio y reconociendo la validez de sus hallazgos. Conviene, en efecto, despojarnos de todo prejuicio que nos impida reconocer los aportes de otras disciplinas y buscar, en la medida de lo posible, aquellos elementos compatibles que permitan establecer un vínculo de recíproca comprensión que, por otro lado, amplíen nuestra habitual manera de entender el significado de las palabras personalidad y carisma. No son, digámoslo con anticipación, dos términos mutuamente excluyentes o incompatibles, toda vez que hacen referencia a una misma realidad en la que confluyen, esto es, el ser humano. Sería imposible considerar el significado de la palabra personalidad sin hacer referencia a la persona, de la misma manera como sería muy complicado entender el significado del término carisma sin considerar al ser humano como destinatario de un don gratuito que proviene de lo alto.

9. En el itinerario personal de Francisco de Asís se puede evidenciar la confluencia entre personalidad y carisma. Celano, como veremos, ofrece una descripción de lo que podríamos denominar la *personalidad* de Francisco antes de su conversión y, al mismo tiempo, la progresiva transformación de su persona por la gracia divina. Esta es, no cabe duda, una clave de lectura franciscana que nos ofrecerá valiosos elementos para comprender el significado de las palabras personalidad y carisma, al tiempo que proporcionará los argumentos necesarios para justificar cómo la personalidad podría constituir un obstáculo en la vivencia de nuestra forma de vida.

10. Buscaremos, en primer lugar, el significado de las palabras personalidad y carisma. Trataremos de ofrecer un significado que recoja y sintetice lo que se ha reflexionado sobre cada uno de estos términos en sus respectivas tradiciones culturales y académicas, indicando la bibliografía que lo sustenta. Una vez se haya esclarecido el correspondiente significado, se intentará establecer un diálogo fecundo entre ambas significaciones para mostrar cómo la personalidad puede afectar y, en algunos casos, distorsionar la vivencia de nuestra identidad carismática. Todo lo anterior leído en clave franciscana, esto es, teniendo en cuenta el itinerario biográfico de Francisco de Asís y su respectivo testimonio escrito.

Personalidad

11. Las palabras suelen tener un origen circunstancial y estar emparentadas entre ellas. Este parece ser el caso de las palabras persona y personalidad. Para entender el significado de esta última se requiere comprender el sentido de la primera. El término *persona* se remonta al teatro griego e indicaba, al principio, la máscara que utilizaban los actores para representar las cualidades de un individuo reconocido públicamente. Emparentada con la palabra griega πρόσωπον [prósōpon], la cultura latina acuñó el término *persona* para referirse a la máscara utilizada en las representaciones teatrales. Algunas etimologías populares proponían que la palabra persona estaba compuesta por la preposición [per] y el verbo latino [sonare], adquiriendo el significado de *sonar a través de*, refiriéndose a las máscaras que amplificaban la voz de los actores.[1] El vocablo personalidad, *personalitas* en latín, estaría compuesta por el sustantivo persona y el sufijo [litas], adquiriendo el significado de cualidades o características de una determinada persona.[2]

12. La personalidad, así entendida, no haría referencia a una característica específica de una persona, sino a un conjunto de cualidades o rasgos caracte-

1 Corominas, Joan y Pascual, José A. *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Tomo IV (Madrid: Editorial Gredos, 1980–1991), p. 315. De Vaan, Michiel. *Etymological Dictionary of Latin and the Other Italic Languages* (Leiden: Brill, 2008), p. 473.

2 Corominas, Joan, *Diccionario*, Tomo IV, p. 316.

rísticos que dan consistencia, unidad e identidad a esa persona.[3] La siguiente definición de personalidad parece confirmar esta primera aproximación a su significado:

> [...] La personalidad es una organización dinámica de los sistemas psicológicos del individuo que influyen en su conducta y pensamientos característicos en diversas situaciones.[4]

13. Esta definición propone entender la personalidad como una organización dinámica de varios sistemas psicológicos. El verbo latino *organizare*,[5] de donde proviene la palabra organización, hace referencia a la acción de articular varias partes en un todo funcional, lo cual sugiere que la personalidad sería una especie de sistema que articularía varias dimensiones para configurar la unidad y consistencia de una persona. La idea de una organización dinámica referida a la personalidad le confiere a la persona una serie de posibilidades que le liberan del determinismo o de la inmutabilidad, abriendo espacio para comprenderse en términos de proceso y de constante actualización. La personalidad, según esto, ha de entenderse como posibilidad y proyecto, lo cual supone una apertura a lo novedoso y la capacidad de incorporar maneras diferentes de posicionarse en la vida.

14. Si esta concepción de la personalidad resultase apropiada para comprender la realidad concreta de una persona no habría lugar para expresiones autorreferenciales como *así soy yo y no voy a cambiar*, o refranes populares como *genio y figura hasta la sepultura* para referirse a otras personas. Estas expresiones negarían, en principio, la posibilidad de una transformación personal y, en última instancia, revelarían la conformidad, por no decir mediocridad, de una persona ante sí misma y la resignación de muchos ante otras personas. La personalidad definida como posibilidad permitiría establecer, por otro lado, un nexo de significado con el concepto bíblico de conversión.[6] La invitación a *nacer de nuevo* que hace Jesús a Nicodemo habría que entenderse desde la perspectiva de la conversión, esto es, como un proceso de transformación de la propia personalidad.

[*Cf.* Jn 3,3]

15. La transformación de la personalidad haría referencia al proceso de reorganización, reacomodación y actualización de las dimensiones o partes que configuran la totalidad del sistema. No se trataría, entonces, de una radical supresión o negación de la personalidad en su actualidad, sino de una progresiva reacomodación de sus dimensiones constituyentes a partir de las exigencias y condicionamientos de los diferentes contextos vitales en los que participa la persona. Resulta oportuno indicar, aunque sea de manera sumaria, las dimensiones que constituyen la personalidad entendida como sistema, a saber: *lo corporal, lo emocional, lo cognitivo, lo conductual y lo trascendente*. Estas dimensiones poseen una característica común: son transformables. De hecho, si nos fijamos con atención, nuestra dimensión corporal ha experimentado una notable transformación desde que éramos un embrión hasta el momento presente, y seguirá transformándose hasta la visita de la hermana muerte corporal. La transformación de lo corporal, siguiendo el ejemplo, ha tenido y sigue teniendo un efecto notable en las demás dimensiones que nos constituyen como personas.

16. Negar esta cualidad transformadora de las dimensiones que constituyen nuestra personalidad equivaldría a desconocer la fuerza renovadora que impulsa la transformación de la vida en su conjunto y, al mismo tiempo, sería justificar un inmovilismo que petrifica la vida e impide el crecimiento. Algunas palabras que han entrado en nuestro vocabula-

---

3 [...] La persona no se confunde con sus propiedades, sino que está por encima de ellas; la persona es el todo, las cualidades más el sujeto portador que les da unidad y continuidad. Burgos, Juan Manuel. *Reconstruir la persona. Ensayos personalistas* (Madrid: Ediciones Palabra, 2009), p. 85.

4 Cervone, D y Pervin L. A. *Personality: Theory and Research* (Hoboken: NJ, 2022), p. 4. [...] La personalidad es la organización dinámica, dentro del individuo, de aquellos sistemas psicofísicos que determinan sus conductas características y relativamente duraderas en las diferentes situaciones. Allport, G. W. *Personality: A Psychological Interpretation* (New York: Henry Holt and Company, 1937), p. 48.

5 Corominas, Joan, *Diccionario*, Tomo VI, p. 448.

6 [...] Conversión es un giro total de la persona hacia Dios. En el AT, el término hebreo shuv ('volver, regresar') expresa la idea de que el hombre, alejado de Dios por el pecado, debe volver a Él con todo su corazón (cf. Jer 3:14; Oseas 14:2). En el NT, metanoia (Mc 1:15) anuncia el Reino de Dios y exige un cambio profundo: no solo lamentar el pecado, sino transformar la vida según el Evangelio. Biblia de Jerusalén (Madrid: Ediciones Paulinas, 2001), p. 1682. Cf. Bover, José María y Sicre, José Luís. *Diccionario de las Sagradas Escrituras* (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1956), p. 287.

rio tienden a reafirmar, justamente, esa inmutabilidad a la que muchos se aferran para argumentar la imposibilidad de una auténtica transformación personal. Piénsese, por ejemplo, en la palabra *temperamento*. Para algunos equivale a lo establecido desde el principio, aquello que no admite modificación o transformación alguna.[7] No obstante estas consideraciones, la palabra temperamento parece tener otra significación según su origen etimológico. Derivada del verbo latino *temperare*, el cual indica la acción de mezclar en una justa proporción,[8] haría referencia más a una cualidad que otorga *cierta estabilidad* a la personalidad, que a uno de sus componentes innatos y, por tanto, constitutivos y permanentes.

17. El *temperamentum*, entendido como cualidad estabilizadora de la personalidad, establecería un cierto *equilibrio dinámico*[9] en el proceso de organización de los sistemas que intervienen en la configuración de la personalidad, estabilización que tiende a identificarse con la fijación de una personalidad específica, de allí que personalidad y temperamento parezcan términos intercambiables en su significación. Afirmar que el temperamento es una cualidad estabilizadora significaría que la personalidad ha de entenderse como un permanente movimiento que busca equilibrio entre *permanencia* y *transformación*, lo que explicaría, a su vez, la tendencia de algunas personalidades a la *fijación* [permanencia] de sus rasgos característicos y, al mismo tiempo, la posibilidad de *transformación* que caracteriza a otro tipo de personalidades. El temperamento, pues, no equivale a determinación biológica,[10] hace referencia, más bien, a la posibilidad de actualización y autorregulación propia de todo ser vivo.

18. Esta cualidad de proporcionar equilibrio a la personalidad supone la presencia de varias dimensiones constitutivas que interactúan entre sí de manera permanente y se afectan recíprocamente. Lo que suceda en lo corporal tendrá un efecto, según la dinámica de los sistemas, en lo emocional, lo cognitivo, lo conductual y lo trascendente, de donde se infiere que la personalidad estaría en constante movimiento y en permanente búsqueda de equilibrio. Afirmar que la personalidad está en constante movimiento no significa, necesariamente, que haya ausencia de estabilidad o que carezca de continuidad en el tiempo. Normalmente tenemos la sensación de ser la misma persona a pesar de tantas transformaciones que hemos experimentado en nuestro itinerario vital. Entender la personalidad desde una perspectiva sistémica[11] no constituye una amenaza para la identidad personal, sino una oportunidad para convertirnos en agentes conscientes de nuestra propia transformación como personas.

19. Esta transformación personal no obedece exclusivamente a la acción consciente de la misma persona, toda vez que gran parte de nuestra infancia y adolescencia hemos estado bajo la influencia de muchas personas en distintas circunstancias. Los miembros de la familia, los compañeros de la escuela, los amigos del barrio, los vecinos, los compañeros de la universidad o del primer trabajo, solo por mencionar algunos grupos humanos significativos, han sido personas que han interactuado con nosotros. Todos ellos han hecho parte, lo admitamos o no, de nuestro itinerario vital y, en mayor o menor

7 [...] Se suele hablar del «temperamento», o de la «constitución» como características innatas debidas a factores genéticos pero, a menudo, se olvida que en este temperamento han podido influir muchas variables ambientales previas al nacimiento, es decir, durante el desarrollo fetal. Talarn, A., Francesc S. y Anna R. *Relaciones, vivencias y psicopatología. Las bases relacionales del sufrimiento mental excesivo* (Barcelona: Herder Editorial, 2013), p. 41.

8 Corominas, Joan, *Diccionario*, p. 193.

9 [...] Un estado de estabilidad que no es estático, sino que se mantiene a través de un flujo continuo de materia, energía e información. En los sistemas vivos, este equilibrio no es una condición fija, sino un proceso en constante movimiento, sostenido por redes de relaciones interdependientes. Capra, F. *La tejedura de la vida: Una nueva comprensión científica de los sistemas vivos.* Traducción de Antonio Manuel Ortiz (Barcelona: Editorial Anagrama, 1996), pp. 108-112.

10 [...] Se suele definir el temperamento como la parte de la personalidad cuyo origen se asienta en la herencia genética. Pero no se trata tanto de una transmisión heredada directa, sino de cierta predisposición emocional, es decir, una tendencia en la manera básica en la que un individuo reacciona ante las situaciones que se le presentan. Talarn, *Relaciones*, p. 58.

11 [...] El bioquímico Lawrence Henderson influenció con su temprano uso del término *sistema* para denominar organismos vivos y sistemas sociales. A partir de aquel momento, *sistema* ha venido a definir un todo integrado cuyas propiedades esenciales surgen de las relaciones entre sus partes, y *pensamiento sistémico* la comprensión de un fenómeno en el contexto de un todo superior. Ésta es, en efecto, la raíz de la palabra *sistema* que deriva del griego *synistánai* (reunir, juntar, colocar juntos). Comprender las cosas sistémicamente significa literalmente colocarlas en un contexto, establecer la
naturaleza de sus *relaciones.* Capra, F., *La Trama de la vida. Una nueva perspectiva de los sistemas vivos* (Barcelona: Editorial Anagrama, 2006), p 47.

medida han marcado, con sus palabras, gestos, reacciones y comportamientos, nuestra personalidad. Esta marca o huella que los otros han dejado en mí y que de alguna manera han dado forma a la propia personalidad es lo que se conoce con el término *carácter*.[12] No se trata de una característica de nuestra personalidad, como cuando se afirma de alguien que es de carácter áspero o delicado, sino de todas aquellas impresiones que fueron moldeando nuestra particular manera de ser y de relacionarnos con los demás a lo largo de nuestro trayecto biográfico.[13]

20. La personalidad humana es una realidad compleja, dinámica y misteriosa, compuesta de múltiples dimensiones que interactúan constantemente entre sí y expuesta a las influencias de un contexto más amplio y en permanente movimiento integrado por personas y circunstancias. No está clausurada definitivamente, ni permanece inmutable. Su dinamismo da lugar a la emergencia de novedades y favorece la incorporación de nuevas cualidades. La personalidad es una realidad flexible que permite actualizaciones y aprendizajes que enriquecen y completan a la persona, impulsándola a una mejor versión de sí misma. Esta manera de comprender la personalidad libera a las personas del miedo a la transformación de la propia vida y de la tentación a permanecer estancadas en una forma de ser y de estar en el mundo repetitiva, predecible y estéril. Permite, además, apostar por la conversión permanente entendida como constante renovación de la persona guida e iluminada por el Espíritu del Señor.

[*Cf.* Const. 109,2]

21. La personalidad, entonces, podría entenderse como la manera habitual en la que una persona suele organizar, procesar y expresar las diferentes dimensiones que le constituyen como tal. Hace referencia a la forma como una persona se relaciona con su propio cuerpo, acogiéndolo o rechazándolo, cuidándolo o descuidándolo, conectándose o desconectándose de él. Hace referencia a la manera de procesar sus emociones, gobernándolas o dejándose gobernar por ellas, reconociéndolas o desconociéndolas, integrándolas o siendo desintegrado por sus efectos. Hace referencia al estilo de procesar cognitivamente la información, exagerándola o minimizándola, validándola o invalidándola, asumiéndola como propia o considerándola como extraña. Hace referencia al tipo de reacción ante otras personas o situaciones, siendo agresivo o sereno, introvertido o extravertido, áspero o delicado, confiado o desconfiado. Hacer referencia, por último, a la postura que asume ante el misterio de la realidad en su conjunto, abriéndose a lo trascendente o clausurándose en la inmanencia, confiando en Alguien más grande o confiando solo en sus propias fuerzas, dando lugar a la esperanza o cayendo en un pesimismo sin ilusión.

22. La personalidad de cada ser humano es una combinación original y única de todas estas dimensiones configuradas histórica y biográficamente, de allí la dificultad, por no decir imposibilidad, de encontrar dos personalidades idénticas. La referencia a la historia y a la biografía resulta necesaria para entender el proceso de conformación de la propia personalidad, pues la *historia* haría referencia a las condiciones, circunstancias y personas que influyeron en la configuración de la personalidad, mientras la *biografía* indicaría la manera particular como cada persona, consciente o inconscientemente, ha articulado toda esta influencia histórica de una manera coherente y funcional, otorgándole consciencia de sí mismo y consolidando una identidad personal.

23. El término *identidad* está relacionado con la experiencia subjetiva de continuidad en el tiempo,[14] permitiéndole a la persona reconocerse a sí misma y ser reconocida e identificada por los demás como una persona bien diferenciada. La *identidad personal* se referiría, entonces, a la consciencia de sí mismo que se reconoce en una especie de diálogo interior en el que la persona dialoga consigo misma, evalúa situaciones vividas y establece conclusiones, define prioridades, calcula consecuencias, reconoce equivocaciones, juzga el comportamiento de los demás,

---

12 [...] Del latín character, y este del griego kharaktḗr (χαρακτήρ), 'instrumento para grabar, marca hecha por impresión, sello'. En sentido figurado, 'marca distintiva, señal peculiar'. Entró en español en el siglo XV, inicialmente en sentidos físicos (huella, signo) y luego en sentidos morales y psicológicos (naturaleza de una persona). Corominas, Joan, *Diccionario*, Tomo VI, p. 465-466.

13 [...] Por contraposición [*al temperamento*], se llama carácter a la parte de la personalidad que se aprende durante toda la vida, a partir de la experiencia y la cultura (Albores, Márquez y Estañol, 2003). Talarn, *Relaciones*, p. 58.

14 [...] Del lat. identĭtas, -ātis, formado sobre idem 'lo mismo' (compárese ídem), con el sufijo abstracto -tas (como en veritas, libertas). Aparece en español en el siglo XVII, inicialmente en textos filosóficos y jurídicos. Corominas, Joan, *Diccionario*, Tomo III, p. 412-413.

diseña estrategias de vinculación, promueve una idea de sí y define un plan de comportamiento.[15] La identidad personal entendida como consciencia de sí mismo, esto es, la capacidad de reconocer que somos nosotros mismos quienes nos damos cuenta y gestionamos aquello que sucede en el mundo interior, no acontece de manera aislada o al margen de un contexto relacional específico, sino gracias a él. La identidad personal correspondería a un continuo proceso de autogestión interior que se escenificaría de manera exterior a través de la personalidad.

24. La consciencia de sí mismo, esto es, la capacidad de comprender todo aquello que interiormente sucede en cada circunstancia y de reconocer las consecuencias de los propios comportamientos, le permite a la persona identificar los diferentes escenarios relacionales que constituyen la vida humana e insertarse en ellos de manera libre y voluntaria. *La relación consigo mismo, con los semejantes, con la creación y con el misterio divino* son los escenarios relacionales que configuran la vida propiamente humana y la hacen posible, sin los cuales sería muy difícil comprender, por otra parte, el proceso de configuración de la personalidad humana. Sin *escenarios relacionales* no sería posible la emergencia de la personalidad humana. Toda persona, en consecuencia, hace parte de estos escenarios relacionales y participa en ellos, creándose un ciclo de retroalimentación recíproca en el cual la persona es influida por ellos y, al mismo tiempo, influye sobre ellos. Cuando esta influencia resulta favorable se promueve una personalidad equilibrada y saludable, cuando resulta desfavorable aparecen los desequilibrios o alteraciones de la personalidad que algunas clasificaciones diagnósticas denominan, justamente, trastornos de la personalidad.[16]

25. La irrupción inadvertida, agresiva o abusiva de una persona sobre la vida de otra, sea a través de palabras vulgares o de intervenciones irrespetuosas en el cuerpo, no sólo genera malestar significativo sino que puede provocar el desencadenamiento y la posterior manifestación de trastornos mentales[17] o de la personalidad. A esto se refiere el significado de la palabra *trauma*. Derivada de los verbos griegos τρώσσω [trṓssō], *ser herido*, y τρωθῶ [trōthō], *recibir un daño*, τραῦμα (traûma) traduce *herida, golpe o lesión*,[18] lo que supone, normalmente, un contexto relacional. Si bien trauma puede ser un accidente automovilístico o una calamidad climática, se suele indicar con este término la intervención dañina de un ser humano que introduce caos y confusión en la vida de otra persona, generando serias dificultades en su personalidad.

26. La palabra personalidad hace referencia a la compleja realidad humana e intenta sintetizar todas las variables que constituyen y configuran la identidad de una persona. Si bien el término persona fue empleado por Tertuliano, entre los siglos II y III, para referirse a la diferencia ontológica al interior del misterio de la Trinidad,[19] habría que esperar hasta el siglo XVII para encontrar el uso moderno de la palabra *personalitas*.[20] Esta información bibliográfica permite inferir que ni la palabra, ni su significado moderno eran usados en el siglo XIII, lo cual no impide que podamos hacer referencia a la *personalidad* de Francisco de Asís, o de otros personajes famosos anteriores al asisiense, sobre todo si contamos con

15 [...] La adolescencia es una etapa crucial para el desarrollo de la identidad personal y de las relaciones. Es en la adolescencia cuando se tiene más consciencia de los propios MOI, cuando hay más capacidad para pensar sobre uno mismo y los demás. Los MOI incluyen representaciones de uno mismo y de los demás, sirven para regular, interpretar y predecir la conducta relacional, los pensamientos y los sentimientos de uno mismo y del otro (Bretherton y Munholland, 1999). Los MOI son como esquemas, más o menos conscientes, o «estructuras internas» (Marrone, 2001), con los que cada uno de nosotros se mueve en el mundo, es decir en el mundo de relaciones humanas. Talarn, *Relaciones*, p. 72.

16 [...] Un trastorno de la personalidad se caracteriza por un patrón duradero de experiencia interna y conducta que se aparta marcadamente del que se espera en función de la cultura del individuo. Este patrón es inflexible y desadaptativo, tiene su inicio en la adolescencia o en la primera edad adulta, es estable a lo largo del tiempo y conduce a malestar subjetivo, deterioro funcional o consecuencias negativas para los demás. American Psychiatric Association. Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales, 5ª ed., texto revisado (Madrid: Editorial Médica Panamericana, 2013), p. 648.

17 [...] Un trastorno mental es un síndrome caracterizado por un conjunto clínicamente significativo de alteraciones cognitivas, de la regulación emocional o del comportamiento que refleja una disfunción de los procesos psicológicos, biológicos o del desarrollo que subyacen a la función mental. Generalmente se asocia con un malestar significativo o discapacidad en uno o más importantes ámbitos de funcionamiento social, ocupacional u otro. *Ibíd*, p. 20.

18 Corominas, Joan, *Diccionario*, Tomo VI, p. 517.

19 Tertuliano. *Contra Práxeas* (Adversus Praxean). En J. Pouilloux, A. de Halleux, y J. C. Fredouille (Eds.). Tertullien: Oeuvres complètes (París: Éditions du Cerf. Colección Sources chrétiennes, n.º 198, 1972), p. 457.

20 Locke, J. *An Essay Concerning Human Understanding*. Editado por P. H. Nidditch. Obra original publicada en 1689 (Oxford: Clarendon Press, 1975), Libro II, Capítulo XXVII, §9, p. 335.

documentos de la época que a su manera describen algunos rasgos de personalidad del hijo de Bernardone. Tomás de Celano escribe al respecto:

[...] Hubo en la ciudad de Asís, situada en la región del valle de Espoleto, un hombre llamado Francisco; desde su más tierna infancia fue educado licenciosamente por sus padres, a tono con la vanidad del siglo; e, imitando largo tiempo su lamentable vida y costumbres, llegó a superarlos con creces en vanidad y frivolidad.

[FF 317]

Estos son los tristes principios en los que se ejercitaba desde la infancia este hombre a quien hoy veneramos como santo -porque lo es-, y en los que continuó perdiendo y consumiendo miserablemente su vida hasta casi los veinticinco años de edad. Más aún, aventajando en vanidades a todos sus coetáneos, mostrábase como quien más que nadie incitaba al mal y destacaba en todo devaneo. Cautivaba la admiración de todos y se esforzaba en ser el primero en pompas de vanagloria, en los juegos, en los caprichos, en palabras jocosas y vanas, en las canciones y en los vestidos suaves y cómodos; y aunque era muy rico, no estaba tocado de avaricia, sino que era pródigo; no era ávido de acumular dinero, sino manirroto; negociante cauto, pero muy fácil dilapidador. Era, con todo, de trato muy humano, hábil y en extremo afable, bien que para desgracia suya. Porque eran muchos los que, sobre todo por esto, iban en pos de él obrando el mal e incitando a la corrupción; marchaba así, altivo y magnánimo en medio de esta cuadrilla de malvados, por las plazas de Babilonia.

[FF 320]

27. Sin entrar en consideraciones sobre la historicidad o no de esta descripción sobre la personalidad de Francisco o las posibles intenciones hagiográficas del autor, la cita documental permite identificar algunos rasgos de personalidad que diferenciaban al joven Francisco de otras personas de su tiempo. La tendencia a la vanidad, el esfuerzo por ser el primero en pompas, el uso de palabras vanas, la preferencia por los vestidos suaves y cómodos, la habilidad para los negocios y su liberalidad con los recursos, su trato humano, hábil y en extremo afable, la inclinación a lo corrupto y la altivez de su actitud, son algunos de los *rasgos de personalidad* que caracterizaban y le daban identidad a Francisco, siendo fácilmente reconocido por los demás. Interesante, por otra parte, la información que ofrece Celano sobre el contexto cultural y familiar que explicaría la configuración histórica y biográfica de la personalidad del hijo de Bernardone:

[...] De tal forma ha arraigado esta pésima costumbre por todas partes en quienes se dicen cristianos y de tal modo se ha consolidado y aceptado esta perniciosa doctrina cual si fuera ley pública, que ya desde la cuna se empeñan en educar a los hijos con extrema blandura y disolutamente. Pues no bien han comenzado a hablar o a balbucir, niños apenas nacidos, aprenden, por gestos y palabras, cosas torpes y execrables; y, llegado el tiempo del destete, se les obliga no sólo a decir, sino a hacer cosas del todo inmorales y lascivas. Ninguno de ellos se atreve, por un temor propio de su corta edad, a conducirse honestamente, pues sería castigado con dureza. Que bien lo dice el poeta pagano: «Como hemos crecido entre las maldades de nuestros padres, nos siguen todos los males desde la infancia». Este testimonio es verdadero, ya que tanto más perjudiciales resultan a los hijos los deseos de los padres cuanto aquéllos con más gusto ceden a éstos.

[FF 318]

Mas, cuando han avanzado un poco más en edad, ellos, por propio impulso, se van deslizando hacia obras peores. Y es que de raíz dañada nace árbol enfermo y lo que una vez se ha pervertido, difícilmente podrá ser reducido al camino del bien.

[FF 319]

28. Se identifica en esta descripción del autor el *carácter histórico* de la personalidad de Francisco, esto es, la influencia del contexto cultural y los modelos de educación existentes en la época, sobre todo cuando se hace referencia a la manera de proceder de los padres para con los hijos. Se reconoce, igualmente, el *carácter biográfico* de la personalidad cuando se afirma que avanzada la edad es la persona misma, *por propio impulso*, quien sigue incorporando a su personalidad características propias de su entorno. El hagiógrafo, quizá sin pretenderlo conscientemente, ejemplifica el significado de la palabra *carácter* cuando sostiene que los niños aprenden a través de *gestos y palabras*, y que *son obligados a decir y hacer cosas inmorales y lascivas*, poniendo de relieve la influencia que los padres ejercen sobre los hijos en la formación de su personalidad.

29. Una especial atención merece la siguiente afirmación: *Y es que de raíz dañada nace árbol enfermo y lo que una vez se ha pervertido, difícilmente podrá ser reducido al camino del bien*. Pareciera que el hagiógrafo diera a entender que lo aprendido en el contexto cultural y familiar difícilmente puede ser des-

aprendido, lo cual justificaría a muchos hermanos para seguir sosteniendo la imposibilidad de transformar la propia personalidad y mantener la falta de compromiso con el proceso de conversión personal. No obstante lo anterior, el mismo hagiógrafo asevera: *Estos son los tristes principios en los que se ejercitaba desde la infancia este hombre a quien hoy veneramos como santo -porque lo es-*. Obsérvese el énfasis en aquello aprendido desde la infancia que pareciera inconmovible y cómo se evidencia una profunda transformación de la persona hasta ser reconocida por los demás como santa. Esta constatación permite inferir que una transformación de la personalidad humana es posible. Cómo es posible esta transformación, cuáles son las condiciones necesarias y quién sería el principal responsable de ella son algunas de las cuestiones que se intentarán responder en las siguientes consideraciones.

Carisma

30. Afirma el apóstol Pedro: *Que cada cual ponga al servicio de los demás los dones* [carismas] *que haya recibido, como buenos administradores de las diversas gracias de Dios*.[a] La palabra carisma procede del griego χάρισμα [charisma], y significa literalmente don de gracia, derivado a su vez de χάρις [charis], gracia, que significa favor inmerecido. Con este mismo significado es utilizada por el apóstol Pablo en algunas de sus cartas.[21] Tanto en el ámbito humano como en el contexto de la fe, el carisma supone una relación interpersonal en la que una de las partes ofrece gratuitamente un don y la otra lo recibe sin ningún tipo de mérito, reforzándose la idea de generosidad y gratuidad. En las cartas de los dos apóstoles citados estos dones recibidos tienen una finalidad indiscutible: la edificación de la comunidad y el servicio mutuo.[b]

[a. 1Pe 4,10; b. *cf*.1Co 12,7; Ef 4,12]

31. La idea de un don gratuito entregado por el Espíritu a una persona para que contribuya a la edificación de la comunidad creyente hace pensar en una cualidad específica, tal como lo sugiere el mismo Pablo: *sabiduría, ciencia, fe, profecía, discernimiento o hablar en lenguas*, entre otros carismas.[a] Estas gracias, consideradas con detenimiento, son realidades imponderables, esto es, no se pueden cuantificar o mesurar, de allí que sean calificadas como dones espirituales.[b] No son, pues, objetos que se puedan contemplar con los ojos o tocar con las manos, o de los que se pueda disponer a voluntad para una determinada finalidad. Son, al parecer, cualidades que surgen en el contexto de una estrecha relación interpersonal entre el Espíritu y la persona humana. Así parece sugerirlo el Pobrecillo en el Testamento:

[a. 1Co 12,7-10; b. 1Co 12,1]

> [...] El Señor me dio de esta manera a mí, hermano Francisco, el comenzar a hacer penitencia: porque, como estaba en pecados, me parecía extremadamente amargo ver a los leprosos. Y el Señor mismo me condujo entre ellos, y practiqué la misericordia con ellos. Y al apartarme de los mismos, aquello que me parecía amargo, se me convirtió en dulzura del alma y del cuerpo; y después me detuve un poco, y salí del siglo. Y el Señor me dio una tal fe en las iglesias, que así sencillamente oraba y decía: Te adoramos, Señor Jesucristo, también en todas tus iglesias que hay en el mundo entero, y te bendecimos, porque por tu santa cruz redimiste al mundo.
>
> [FF 110-111]

32. Francisco se refiere a varios dones que el Señor le ha otorgado gratuitamente: *la penitencia, la misericordia y la fe*. Estos carismas, más allá de ser realidades externas que son infundidas en el alma del ser humano, son cualidades personales que emergen en la intimidad de la relación con Dios. En otras palabras, el ser humano que se relaciona íntimamente con el Señor queda impregnado de sus cualidades divinas y aprende a obrar como Él. Esto es lo que sucede en la contemplación, tal como se ha comprendido en la tradición capuchina y ha quedado explicitado en las Constituciones de santa Eufemia, según lo expuesto en el subsidio *Nuestra identidad carismática*.

[*Nuestra identidad carismática.* nn.52-62]

33. La penitencia, la misericordia y la fe son, entonces, cualidades personales que Francisco aprehende en su relación con el Señor, cualidades que tienen una doble finalidad: *consolidar esta relación inter-*

21 [...] χάρισμα, en sentido secular, denota un ‹favor› o ‹regalo› en el ámbito humano. En el Nuevo Testamento, sin embargo, siempre alude a un don proveniente de la gracia de Dios. No es un mérito, sino una concesión gratuita. En Romanos 12,6 y 1 Corintios 12,4, Pablo habla de dones espirituales (πνευματικά) que son χαρίσματα, enfatizando su origen divino y su finalidad comunitaria. El don no es para el individuo, sino para el bien común (1 Cor 12:7). Horst Balz y Gerhard Schneider. *Diccionario exegético del Nuevo Testamento,* V. I (Salamanca: Ediciones Sígueme, 1998), p.1004. Cf. Fitzmyer, Joseph A. (2006). *Diccionario bíblico*, 6.ª Ed., (Madrid: Ediciones Paulinas, 2006), p. 185.

personal y prolongar en el tiempo la acción misma de Dios. La penitencia le permite a Francisco permanecer siempre en la presencia del Señor y no dejarse seducir por aquellas tentaciones que le separarían de Él: ... *volved a mí de todo corazón, con ayuno, con llantos y con duelo. Desgarrad vuestro corazón y no vuestros vestidos: volved a Yahvé vuestro Dios*.[a] Por la fe Francisco confía plenamente en su Señor y se abandona confiadamente en sus manos: Su ánimo es firme, atesora la paz, porque en ti confió. Confiad siempre en Yahvé, pues Él es nuestra Roca eterna; Bendito quien se fía de Yahvé, pues no defraudará su confianza; El día en que temo, en ti confío. En Dios, cuya palabra alabo, en Dios confío y ya no temo. ¿Qué podrá hacerme un mortal?.[b] La misericordia impulsa a Francisco a cuidar de los leprosos, de la misma manera como el Señor cuida a todos aquellos que lo necesitan, cumpliéndose aquellas palabras de Jesús: Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo.[c]

[a. Jl 2,12-13; Ez 33,11; Os 14,1-2; Is 55,6-7; Lc 15, 18-20; b. Is 26,3-4; Jer 17,7; Sal 56,3-4; c. Lc 6,36]

34. Francisco da testimonio de otro don recibido que amplía su relación con el Señor y le permite vivir a plenitud el Evangelio: *Y después que el Señor me dio hermanos, nadie me ensañaba qué debería hacer, sino que el Altísimo mismo me reveló que debería vivir según la forma del santo Evangelio.* El don de los hermanos no sólo libera a Francisco de la tentación del ensimismamiento, sino que le permite comunicar a otros seres humanos las riquezas infinitas que ha degustado en su íntima relación con el Altísimo. El don de los hermanos le ayuda a Francisco a comprender que el Evangelio no es una propuesta para ser vivida en soledad, sino en fraternidad, de allí la confesión del Pobrecillo: *el Altísimo me reveló que debía vivir según la forma del santo Evangelio.* Esta revelación equivale a mirar con los mismos ojos del Altísimo,[22] esto es, comprender lo que Él quería para Francisco y para los hermanos que le había regalado.

[FF 116]

35. El testimonio de Francisco nos ayudaría a comprender que los carismas no son realidades ajenas o distintas de Dios que nos envía y ofrece gratuitamente, como quien regala un libro o un chocolate, sino cualidades personales que aprehendemos cuando nos relacionamos íntimamente con Él, como quien queda impregnado completamente cuando se sumerge en una fuente de agua. Desde esta perspectiva, es Dios mismo quien se dona y ofrece para enriquecer la vida del ser humano, conducirlo a su plenitud y continuar, a través de él, su obra salvífica en la historia: *En verdad, en verdad os digo que el que crea en mí hará también las obras que yo hago, y hará mayores aún*. Es el Altísimo en persona quien se acerca compasivamente a Francisco, le propone gratuitamente una relación interpersonal y realiza en él su obra salvífica, tal como lo escribe el hagiógrafo:

[Jn 14,12]

[...] Fue, pues, la mano del Señor la que se posó sobre él y la diestra del Altísimo la que lo transformó, para que, por su medio, los pecadores pudieran tener la confianza de rehacerse en gracia y sirviese para todos de ejemplo de conversión a Dios.

[FF 321]

36. El texto hagiográfico refuerza la idea de una intervención personal del Altísimo en el proceso de transformación de Francisco haciendo referencia a *la mano del Señor* y a *la diestra del Altísimo*. Es el Señor en persona, con sus propias manos, quien realiza la transformación de Francisco, como haría un alfarero con la arcilla que toma entre sus manos. Esta intervención que realiza el Señor en Francisco es, a todas luces, una transformación de su persona y, podríamos decir, de su personalidad. El hagiógrafo hace referencia a este proceso de transformación personal en los siguientes términos:

[*cf*. Jer 18,4]

[...] A partir de este día, comenzó a tenerse en menos a sí mismo y a mirar con cierto desprecio cuanto antes había admirado y amado. Mas no del todo ni de verdad, que todavía no estaba desligado de las ataduras de la vanidad ni había sacudido de su cerviz el yugo de la perversa esclavitud.

[FF 324]

Cambiado ya, pero sólo en el interior y no externamente, renuncia a marchar a la Pulla y se aplica a plegar su voluntad a la divina. Y así, retirándose un poco del barullo del mundo y del negocio, procura guardar en lo íntimo de

22 [...] La revelación no es la transmisión de un saber, sino la realización de una salvación; no es la comunicación de unos datos, sino el establecimiento de una relación. Torres Queiruga, Andrés. *Revelación y salvación. Ensayo de síntesis teológica* (Salamanca: Ediciones Sígueme, 1984), p. 42.

su ser a Jesucristo. Cual prudente comerciante, oculta a los ojos de los ilusos la perla hallada y con toda cautela se esfuerza en adquirirla vendiéndolo todo.

[FF 328]

Se abrasaba de fuego divino en su interior y no podía ocultar al exterior el ardor de su espíritu. Dolíase de haber pecado tan gravemente y de haber ofendido los ojos de la divina Majestad; no le deleitaban ya los pecados pasados ni los presentes; mas no había recibido todavía la plena seguridad de verse libre de los futuros.

[FF 329]

37. La consciencia del propio pecado, la renuncia a proyectos vanidosos, la manera novedosa de mirarse a sí mismo, la retirada del barullo del mundo, la búsqueda de la voluntad divina y el anhelo de tener a Jesucristo en lo íntimo de su ser son, no cabe duda, indicadores de un profundo proceso de transformación personal en curso, proceso que alcanzará su madurez en la conformación total con Cristo y en la comunión plena con el *Grande y admirable Señor*. La contundencia de estas evidencias documentales impide sostener una idea muy generalizada entre los hermanos de la Orden, especialmente entre aquellos que han hecho un itinerario biográfico de muchos años, según la cual sería muy difícil, por no decir imposible, una transformación de la propia personalidad. Afirmar esta idea equivaldría a desconfiar de la capacidad transformadora del Altísimo y, al mismo tiempo, evidenciaría los niveles de conformismo y descuido personal en los que se encontrarían no pocos hermanos.

[AlD 6]

38. La ausencia de una profunda y significativa relación con el Altísimo explicaría tantas situaciones conflictivas y problemáticas que hieren y lastiman nuestra forma de vida en toda la Orden. Esta ausencia, así lo creemos y lo hemos verificado en las reuniones del Consejo general, constituye el *problema radical* a partir del cual se desprenden tantas situaciones dolorosas, lamentables y vergonzosas entre nosotros. Pareciera, salvando a tantos hermanos que buscan sinceramente al Señor, que muchos de nosotros vivimos *etsi Deus non daretur,* como si Dios no existiera, lo cual se manifiesta en la pobreza de nuestra oración personal y fraterna, la aridez de nuestras relaciones fraternas y la primacía de los proyectos personales de vida, solo por mencionar algunos rasgos sintomáticos que se van generalizando en muchas partes de nuestra fraternidad universal. Nos urge *volver al Señor* si en verdad queremos que haya una verdadera transformación de nuestra persona y, en consecuencia, de nuestra forma de vida.

[cf. Os 14,2]

39. Llegados a este punto estamos en condiciones de responder a las inquietudes que se plantearon antes de comenzar este apartado. El principal responsable de la transformación humana es el Señor quien, con la buena disposición de la persona, es capaz de convertir *la tierra árida en manantiales de agua*. Además de la buena disposición, el ser humano está llamado a realizar tareas específicas para contribuir a la transformación de su personalidad, tales como la oración, las prácticas penitenciales y las obras de misericordia, todo esto articulado con la disciplina y la perseverancia. Estas serían las condiciones requeridas para que pueda acontecer una verdadera transformación de la persona. El cómo sucede la transformación permanece en el misterio, pues sucede con la persona lo que Jesús cuenta de la semilla que es sembrada bajo tierra y crece *sin que nadie sepa la manera*. Lo que sí se puede constatar son los efectos de la transformación, pues por *sus frutos los conocerán.*

[*Cf*. Is 41,18; *cf*. Mc 4,26-27; *cf*. Mt 7,16]

40. Quisiéramos terminar este apartado con una aclaración sobre el significado de la palabra carisma referida a nuestra forma de vida. En el pasado subsidio sobre *Nuestra identidad carismática* que socializamos con todos los hermanos de la Orden se indicaban aquellas características que dan identidad y coherencia a nuestra forma de vida, características que han de ser encarnadas por cada hermano para que el carisma recibido por el Señor permanezca con vida y encuentre nuevas maneras de ser actualizado. Estas características las podríamos clasificar en los dos [2] propósitos que tendría el Señor cuando nos concede sus dones, a saber, *consolidar nuestra relación con Él y continuar su obra salvífica en la historia*.

41. Para consolidar nuestra relación personal con el Señor tendríamos necesidad de incorporar a nuestra vida *la penitencia, el silencio y la soledad, la oración mental, la contemplación, la desapropiación, la austeridad y la minoridad*, carismas que nos conducirían, progresivamente, a la *conformación con Cristo y con Francisco*. Para continuar su obra salvífica nos

ayudaría el *trabajo manual, la mendicidad, la fraternidad, el ministerio de la misericordia y la predicación evangélica*. Todo esto articulado por la *pluriformidad*, entendida como la incorporación simultánea de todos estos carismas en una misma forma de vida. Por *carisma capuchino*, entonces, hemos de entender la integración de todos estos dones en la unidad de un mismo estilo de vida que nos da identidad carismática e institucional. Con esta aclaración tendríamos los elementos necesarios para establecer una relación entre personalidad y carisma, tal como se sugiere en el título de estas consideraciones.

Personalidad y carisma

42. Reflexionar sobre el carisma franciscano o nuestra identidad carismática como capuchinos resulta familiar para muchos hermanos en la Orden y para otros constituye una tarea necesaria si queremos reavivar nuestra forma de vida en este momento histórico. No sucede lo mismo con el asunto de la personalidad, pues, como ya se insinuó en algún momento, parecería un tema que no tendría ninguna vinculación sustancial con el carisma, salvo en las casas de formación inicial donde quizá tuviera una mínima importancia. Es probable que quien haya leído hasta aquí se esté preguntando, todavía, qué tipo de vinculación podría establecerse entre personalidad y carisma. Las siguientes consideraciones, digámoslo con claridad, tienen un propósito fundamental: provocar en los hermanos una reflexión personal que les permita descubrir, en ellos mismos, cómo se articula personalidad y carisma.

43. Decíamos en la introducción que el Ministro general y su consejo tienen la tarea de animar carismáticamente a los hermanos y advertirles, cuando se considere oportuno, sobre las amenazas internas y externas que distorsionan nuestra forma de vida y afean la belleza de nuestro carisma. En esta oportunidad queremos advertir sobre una amenaza interna que se denomina, justamente, *personalidad*. ¿Es posible considerar la personalidad como una amenaza a nuestra identidad carismática? Esperamos responder afirmativamente a esta cuestión. ¿Por qué denominarla amenaza interna? Por varias razones: porque involucra la interioridad de cada hermano, generándole, en ocasiones, malestar significativo; porque la personalidad de un hermano puede afectar considerablemente la vida interna de una fraternidad local e, incluso, ser un verdadero problema para una circunscripción o una iglesia particular; porque la personalidad de un hermano puede convertirse en el único criterio que defina su forma de vida, pasando por encima de los criterios evangélicos y carismáticos; porque, en última instancia, la personalidad humana no está exenta de dificultades y reclama una transformación permanente.

44. La palabra personalidad no tiene, en sí misma, ninguna connotación favorable o desfavorable, pues hace referencia a la manera particular como cada hermano ha organizado, histórica y biográficamente, las diferentes dimensiones que le constituyen como persona. El problema se hace evidente cuando una personalidad es calificada por un adjetivo específico: *explosiva, evasiva, conflictiva, combativa, narcisista, dependiente, obsesiva, perfeccionista, introvertida*, entre otros calificativos utilizados de manera popular o en ámbitos profesionales. Quien haya convivido, sea en la familia de origen o en el convento, con una persona que presente algunos de estos rasgos de personalidad sabe que no resulta fácil ni establecer una sana relación fraterna, ni trabajar juntos para lograr un propósito común, solo por indicar algunos aspectos de la vida comunitaria.

45. Hemos constatado en las reuniones del Consejo general, una y otra vez, que los problemas más sensibles y ruidosos en las circunscripciones y en las fraternidades locales están relacionados, por lo general, con hermanos concretos y su manera particular de ser, de relacionarse, de reaccionar y de proceder en varias dimensiones de nuestra forma de vida. Esta constatación nos ha animado a advertir sobre la amenaza interna que este tipo de personalidades representan para la vivencia de nuestra identidad carismática. Por tal motivo presentamos a continuación, a partir de lo que hemos visto y oído, una descripción generalizada de aquellos tipos de personalidad que resultan conflictivos y constituyen una seria amenaza interna a nuestra forma de vida.

46. Las siguientes descripciones tienen un carácter pedagógico, pues no describen a hermanos específicos, sino que ofrecen un marco general en el que se agrupan varios rasgos de personalidad de un personaje ficticio, como lo propusiera el mismo Francisco cuando hablaba del *hermano perfecto*. La ficción, por otra parte, no implica invención, pues estos ras-

gos de personalidad son constatables en la realidad de no pocas circunscripciones y fraternidades locales. Exhortamos a los hermanos a leer con atención estas descripciones y a reconocer, con humildad y valentía, delante del Señor, si algunos de estos rasgos de personalidad caracterizan su forma de ser y de vivir nuestra identidad carismática. Hagan el esfuerzo por realizar una lectura autocrítica, a la manera de un examen de consciencia, para que no estén pensando en otros hermanos que viven y trabajan con ustedes. Que no se desanime su corazón, hermanos, si reconocen algunos de estos rasgos en sus propias vidas, pues el Altísimo, como lo hizo con Francisco, está dispuesto a tomarlos en sus manos y transformarlos en *nuevas creaturas*.[a] Reconocer la propia realidad personal, por otra parte, es la condición necesaria para que el Alfarero haga su mejor trabajo con ustedes.

[FF 1782; a. *cf*. Ap 21,5]

47. *Gonzilio* es un hermano que procede de una familia acomodada y de buen gusto. Habla con frecuencia de lugares que ha visitado y de personas famosas que ha conocido. Suele visitar a sus amigos de la infancia y aceptar invitaciones a centros comerciales y otros lugares de prestigio. Le da mucha importancia a su aspecto físico y dedica varios días de la semana para practicar su deporte favorito. Tiene una dieta rigurosa que suele diferenciarse de lo que normalmente se prepara en el convento. Es afable para conversar y muy detallista, sin embargo, le cuesta sostener una conversación con los hermanos y no admite ser cuestionado. Los hermanos casi no lo ven durante el día y su participación en las actividades fraternas es más bien escasa. En los capítulos locales interviene para solicitar lo que necesita y mientras los demás hablan de asuntos comunes él está revisando su celular y respondiendo mensajes. Los hermanos no se sienten cómodos con su estilo de vida, sin embargo, no se atreven a cuestionarlo porque ya conocen sus reacciones evasivas y, a veces, agresivas. No se puede contar con él para las actividades de la fraternidad, salvo que sean de su interés. El oratorio de la fraternidad es el lugar menos frecuentado por él.

48. El caso de *Rocogno* ha generado muchas inquietudes, sobre todo a quienes han sido sus superiores. Se conoce muy poco de su familia y de su historia personal, pues suele ser hermético y tiende a ser ensimismado. Todo en él es un misterio. Tiene grandes habilidades para los negocios y sabe cómo gestionar proyectos de carácter social, de allí que conozca mucha gente con quienes habla de negocios y de inversiones. De vez en cuando utiliza un vehículo que no pertenece a la circunscripción y cuando se le pregunta por ese vehículo suele afirmar que pertenece a un amigo que se lo ha facilitado para una gestión particular. La gente que frecuenta la capilla conventual afirma que el hermano *Rocogno* es propietario de varios apartamentos y que tiene algunos negocios muy lucrativos, sin embargo, ninguno de los hermanos, ni siquiera los superiores, han abordado este asunto de manera directa, quizá porque la capacidad de gestionar que tiene el hermano ha beneficiado a la misma circunscripción y, de manera particular, a algunas familias de los hermanos. No es transparente con el manejo del dinero y cuando el guardián le pide dar cuentas de sus gestiones, ofrece información confusa que no coincide con los registros contables. Los hermanos desconfían de *Rocogno* y no lo perciben como un verdadero religioso, sino como un oportunista. Al parecer tiene problemas con el consumo de alcohol, pero nadie habla de esto abiertamente. Algunas veces participa en la oración litúrgica y muy pocas veces está presente en el comedor, so pretexto de estar realizando alguna gestión.

49. *Luxius*, como indica la etimología de su nombre, parece tener una gran necesidad de brillar. Posee notables habilidades sociales y es encantador con familiares y amigos, no tanto con los hermanos. Todos se refieren al hermano *Luxius* como un modelo de párroco y de pastor, pues sabe gestionar proyectos comunitarios y acompaña varios grupos parroquiales. Es, al decir de algunos en la parroquia, un verdadero señor a quien todos deben dar la razón, pues todo se hace como él quiere y cuando él quiere. Cuando no se está de acuerdo con él reacciona con enojo y suele distanciarse de las personas dejándoles de hablar por varios días, esperando que los ofensores reconozcan su error y le pidan disculpas. Aprovecha el momento de la homilía para hacer catarsis y enviar indirectas a quienes le están escuchando. No programa las actividades de la parroquia con los hermanos de la fraternidad, ni da cuentas de la gestión económica. Suele ausentarse de las actividades programadas por los hermanos argumentando que ya está comprometido con alguna actividad o grupo parroquial. Todos los lunes duerme hasta tarde

y sale del convento todo el día, sin que el guardián sepa dónde está o con quiénes está. *Luxius* es un buen administrador parroquial y no se concibe realizando otra función que no sea ser párroco. Algunos hermanos le han cuestionado si su estilo de vida es compatible con nuestra identidad carismática, a lo que suele responder con un gesto de indiferencia.

50. *Enaltus* fue ministro provincial y varias veces ha sido guardián. Los hermanos lo recuerdan por ser autoritario y, en algunos casos, por imponer su propia voluntad. Suele tener reacciones explosivas cuando se le contradice y en algunas oportunidades llega a ser grosero. Parece convencido de haber sido predestinado para ser superior y elegido para mandar a los demás, por eso se dirige a los hermanos como si fueran sus subordinados. Crítica duramente a los ministros provinciales que le han sucedido y se queja de la pésima administración que han realizado. Suele hacer comentarios descalificadores de casi todos los hermanos que conoce, pues según él nadie hace las cosas bien, es decir, como él las ha hecho. No se da cuenta que descalificando a los demás se está calificando a sí mismo. Asume con frecuencia la actitud de jefe o patrón y, en algunas oportunidades, le ha gritado a los hermanos y a los colaboradores de la fraternidad. Los hermanos lo evitan, pues temen ser descalificados por él o tratados como subordinados. En los capítulos locales habla con vehemencia y pretende que todas las decisiones sean aprobadas por él, de allí que los hermanos terminan haciendo lo que él quiere. Los hermanos comentan que *Enaltus* nunca ha dejado de ser ministro provincial, pues se comporta como tal en casi todo lo que dice y hace. Nadie quiere ser su guardián y los provinciales lo evitan a toda costa, pues siempre les reclama y les critica por no hacer lo que él piensa que debe hacerse en la circunscripción. Suele estar solo, pues casi nadie se acerca a él.

51. *Marcizo* es un verdadero misterio. En las mañanas saluda efusivamente a todos los hermanos y al medio día ni les dirige la palabra. Nadie sabe en qué momento hablarle, pues la reacción suele ser inesperada. A veces responde afablemente, otras enmudece y en algunas ocasiones levanta la voz y grita, como si se le hubiera ofendido gravemente. Hace comentarios en voz baja sobre los hermanos y se burla de ellos, a veces de manera sutil, otras de manera abierta. Algunas de sus reacciones dejan desconcertados a propios y extraños, sin saber qué pensar o cómo actuar. Se queja con frecuencia de todo y nada le parece bien. Cuando interviene en las reuniones fraternas propone soluciones para todos los problemas, sin embargo, el guardián no puede contar con él para realizarlas. Está muy ocupado en sus estudios, conferencias y otras actividades virtuales y es reconocido, virtualmente, por su capacidad de sistematización y por cierta rigurosidad académica. Vive muy preocupado por su salud y cambia constantemente de dieta, argumentando que su cuerpo requiere un cuidado especial. Los hermanos suelen tratarlo con guantes de seda, no sea que una palabra o un gesto provoque sus acostumbradas reacciones desproporcionadas. Afirman, también, que *Marcizo* no se soporta ni siquiera a sí mismo y que parece no tener ningún control sobre sus emociones. Presumen que estaría implicado en alguna relación afectiva, pues le escuchan hablar por celular con frecuencia y, sin previo aviso, se ausenta de la fraternidad. Es difícil establecer una relación de confianza con él.

52. En todos estos casos ficticios, construidos con fragmentos de realidad, encontramos personalidades *normales*, es decir, maneras cotidianas de ser, reaccionar, relacionarse con los demás y proceder en diferentes dimensiones de nuestra forma de vida. No obstante la normalidad es estas personalidades, el lector podrá reconocer que resultan conflictivas y dificultan la vivencia de nuestra identidad carismática. Son, en última instancia, personalidades que no han sido permeadas por el carisma y no han experimentado una transformación significativa en el respectivo itinerario de formación inicial y permanente. Una personalidad que no haya sido impregnada por el carisma constituye, según nuestra perspectiva, un verdadero problema al interior de la Orden, problema que no ha sido suficientemente visibilizado y que permanece en silencio por considerarse una cuestión estrictamente personal en la que nadie, ni siquiera los superiores mayores, podrían intervenir. Esta pretendida *intocabilidad* de la personalidad, por otra parte, equivaldría a desconocer un problema real y renunciar a buscar maneras viables de solución.

53. Que un hermano, y su correspondiente personalidad, no haya sido impregnado por el carisma se explicaría teniendo en cuenta varios factores. En *primer lugar*, la identificación entre carisma e informa-

ción sobre el carisma, lo que conduciría a creer que comprender el significado de la minoridad, por colocar un caso, equivaldría a ser menor. Muchos hermanos, en efecto, sabemos definir qué es la minoridad, sin embargo, no siempre vivimos como menores. En *segundo lugar*, las deficientes estrategias formativas para encarnar las características de nuestro carisma. La formación inicial, en términos generales, ha insistido más en la realización de actividades y el cumplimiento de horarios que en el proceso de incorporación de las características de nuestra forma de vida. Obsérvese nuestra insistencia en la palabra *incorporación*. Con esta palabra queremos insistir en el proceso de colocar en el cuerpo, esto es, impregnar los huesos, los músculos, los órganos, el rostro y todo lo que somos con las cualidades propias de nuestro carisma. No necesitamos de hermanos que sepan hablar de la fraternidad, queremos tener hermanos en los que se encarne el significado de la palabra fraternidad.

54 La ausencia de una profunda vida espiritual, esto es, la fragilidad en la oración personal y fraterna, constituiría el *tercer* factor que explicaría la permanencia de personalidades que no han sido impregnadas por el carisma. El carisma, como se afirmaba con anterioridad, es un don divino a través del cual aprehendemos las cualidades divinas y prolongamos en la historia la acción salvífica de Dios. Esto no sería posible sin una profunda e íntima relación personal con el Altísimo, tal como se evidenció en la vida de Francisco. La ausencia de esta relación personal con Dios dificulta el proceso de aprehensión de su manera de ser y la incorporación a nuestra vida de sus cualidades divinas, dando espacio al predominio de nuestra personalidad. En otras palabras, la ausencia de Dios que transforma permanentemente nuestra realidad personal dejaría un espacio vacío que favorece la consolidación de nuestra personalidad, como hubiese sucedido con Francisco si él no se hubiera dispuesto a dejarse transformar por el Altísimo. Y, *por último*, la influencia de hermanos que se caracterizan por una personalidad arrolladora. Estos hermanos, y sus estilos de vida, suelen convertirse en referentes para los más jóvenes y en modelos de vida que muchos formandos anhelan replicar. La influencia de estos hermanos, por otra parte, explicaría un argumento que suelen exponer los hermanos en formación cuando se les llama la atención o se les exhorta a vivir conforme a nuestra identidad carismática: si lo hace Julanito o Peranito, y nadie les dice nada ¿por qué no lo puedo hacer yo? Estas personalidades arrolladoras tienen un impacto negativo en los procesos de formación inicial y ofrecen un testimonio contrario a nuestra vida evangélica y carismática.

55. Una personalidad sin Dios, impermeable a su acción misericordiosa, centrada en sí misma, no sólo se convertiría en una amenaza interna para la vivencia de nuestra identidad carismática, también se constituiría en un verdadero enemigo, al decir del Pobrecillo, que destruye la fraternidad y vive en permanente oposición a Dios. Si bien Francisco utiliza en sus escritos tanto el sustantivo *persona*,a como el pronombre personal *yo*,b también utiliza otros términos de raigambre bíblica para referirse a la condición pecadora del ser humano y, por supuesto, a la fragilidad de los hermanos. Así lo afirma en la Admonición X:

[a. FF 78; 137; 160: b. FF 116; 119; 131; 263/1; 206; 231]

[...] Hay muchos que, cuando pecan o reciben una injuria, con frecuencia acusan al enemigo o al prójimo. Pero no es así, porque cada uno tiene en su poder al enemigo, es decir, al cuerpo, por medio del cual peca. Por eso, bienaventurado aquel siervo (Mt 24,46) que tiene siempre cautivo a tal enemigo entregado en su poder, y se guarda sabiamente de él; porque, mientras haga esto, ningún otro enemigo, visible o invisible, podrá dañarle.

[FF 159]

56. La palabra *cuerpo* empleada por Francisco en esta exhortación tiene una relación directa con el sustantivo griego σάρξ (sarx) que, en la teología paulina haría referencia no al organismo humano, sino a la condición humana caída y su tendencia a vi-

vir alejada de Dios.[23] El término *personalidad*, que no aparece en los escritos del santo, podría emparentarse con el significado de la palabra cuerpo, toda vez que cualquier personalidad que no haya sido impregnada por Dios tendería a reafirmar su centralidad, a imponer su propio querer y a colocarse en el lugar de soberano con relación a los semejantes. La *sujeción del cuerpo* recomendada por Francisco en su admonición equivaldría a la *transformación de la personalidad*, lo que supone, como se ha expuesto, la disposición de la persona para entrar en una íntima relación con Dios y ser transformada por Él. La personalidad podría considerarse, según esto, una forma actualizada para referirnos a la misma realidad significada por san Francisco con el término *cuerpo* y por san Pablo con la palabra *carne*.

57. La riqueza de matices que admite la palabra personalidad contiene el significado teológico y antropológico del término *cuerpo* empleado por Francisco e incorpora, a la vez, otras dimensiones que constituyen la compleja realidad humana. Téngase en cuenta que la personalidad está configurada por varias dimensiones, a saber, *lo corporal, lo emocional, lo cognitivo, lo conductual y lo trascendente*, y se manifiesta en diferentes escenarios relacionales, esto es, *en la relación consigo mismo, con los semejantes, con la creación y con el misterio divino*, tal como se ha explicado en páginas anteriores y se ha ejemplificado en la descripción de algunos tipos de personalidad. Estos argumentos nos impulsan a creer que la palabra personalidad adquiere, en este momento histórico y cultural que vivimos, un significado más amplio que la palabra cuerpo y, en consecuencia, siguiendo a Francisco, puede ser considerada no sólo como amenaza interna para la vivencia de nuestra identidad carismática, sino como un verdadero *enemigo*, al decir del santo, que cada uno de nosotros está llamado a sujetar.

58. La sujeción del cuerpo, o la transformación de la personalidad, no sólo requiere, como se ha dicho, una íntima relación con el Altísimo y una buena disposición de la persona para relacionarse con Dios, también exige la capacidad, la valentía y la humildad para reconocer la propia personalidad y sus efectos en la vivencia de nuestro carisma. Llegados a este punto nos encontramos con una piedra de tropiezo,es decir, con un obstáculo nada fácil de superar, pues muchos hermanos, al parecer, encuentran seria dificultad para reconocer y admitir que su propia personalidad resulta una verdadera amenaza para vivir con fidelidad nuestro carisma. Esta dificultad para darse cuenta de sí mismo, reconocer las características de la propia personalidad y admitir que pudiera afectar la vivencia de nuestro carisma se simboliza en los evangelios con la imagen de la *ceguera*.[24] Si bien la ceguera bíblica indicaría el estado de oscuridad en el que se encontrarían las personas sin la revelación divina, también admite el significado de cerrazón e incapacidad para comprender de quienes no logran ver la realidad circundante, y la propia realidad personal, con los ojos de Dios. Y, repitámoslo una vez más, no se puede abrir los ojos si no entramos en una profunda relación personal con Aquel que es la luz.
[cf. 1Jn 1,5]

59. Esta ceguera no sólo significaría ignorancia de sí o desconocimiento de la propia personalidad y sus consecuencias para la vivencia del carisma, también ayudaría a comprender la existencia generalizada de estilos de vida autorreferenciales en la Orden. Entendemos por estilo de vida autorreferencial aquella manera de vivir que se fundamenta y estructura a partir de los propios criterios, las necesidades y gustos personales, los proyectos individuales, sean académicos o laborales, la búsqueda de comodidad y buena vida, y un fuerte compromiso con aquello

23 […] Sarx (gr. σάρξ) se traduce generalmente por ‹carne› en las versiones españolas de la Biblia. En sentido literal, designa el cuerpo físico (Jn 1:14: la Palabra se hizo carne). En el pensamiento de Pablo, adquiere un sentido teológico más profundo: representa la condición humana caída, opuesta al Espíritu (Gal 5:16-17). No denigra el cuerpo como tal, sino que señala la tendencia del ser humano, sin la gracia, a vivir alejado de Dios. Fitzmyer, *Diccionario bíblico,* p. 1023. Cf. Balz, *Diccionario*, V. II, 1364-1365. […] A la luz de lo que precede se puede decir, por tanto, que el sentido preponderante de "cuerpo" en los textos aducidos y en los que se les asemejan, ronda la idea de concupiscencia, entendida como la convicción de autosuficiencia que lleva al hombre a marginarse de la voluntad de Dios, para seguir los propios deseos; hace referencia al propio yo, al egoísmo, al orgullo. Uribe, F. y Molina, B. *El canto del hombre pobre. Lectura y actualización de las admoniciones de san Francisco de Asís* (Madrid: Escuela Superior de Estudios Franciscanos, 2017), p. 122.

24 […] La curación del ciego de nacimiento (Jn 9) es mucho más que un milagro de compasión: es una señal (símbolo) de la misión de Jesús como 'luz del mundo'. La ceguera representa el estado del hombre sin revelación; la vista restaurada, la fe. La progresión del ciego —de la oscuridad a la confesión de Jesús como 'Profeta', luego como 'hombre de Dios', y finalmente como 'Señor'— ilustra el camino de la fe. En contraste, los fariseos, que se dicen 'que ven', permanecen en la ceguera por su orgullo y cerrazón. Ecole Biblique et Archéologique Française de Jérusalem. La Biblia de Jerusalén, 6.ª Ed (Madrid: Ediciones Paulinas, 2001), p. 1835. Cf. Brown, Raymond E. El Evangelio según Juan I–XII (Barcelona: Editorial Claret; 1995), p. 370.

que es estrictamente personal, todo esto al margen de la vida fraterna, o lo que resulta más doloroso, valiéndose de la fraternidad para alcanzar los anhelos y deseos individuales. No es difícil establecer, por otra parte, una clara correlación entre personalidad y estilos de vida autorreferenciales. Allí donde haya una personalidad que no esté impregnada por el carisma, habrá, necesariamente, un estilo de vida autorreferencial.

60. Estos estilos de vida autorreferenciales, por otra parte, constituyen un signo de nuestro tiempo, toda vez que están perfectamente acoplados a la cultura del hiperindividualismo.[25] Esta constatación revelaría que no pocos hermanos en la Orden estaríamos más alineados con los criterios culturales del hipermodernismo que con los criterios evangélicos y carismáticos que configuran nuestra forma de vida, lo cual debilita significativamente la fuerza profética de nuestro carisma y nos convierte en testigos cualificados no ya del Evangelio y de la espiritualidad franciscana, sino de la cultura predominante. Necesitamos recordar aquella plegaria de Jesús, porque no son del mundo, como yo no soy del mundo, creer nuevamente en su significado, retornar a las fuentes de nuestra identidad carismática y arriesgarnos a conformar nuestra vida a partir de los criterios evangélicos y carismáticos que profesamos vivir. De no ser así, esta amenaza interna representada por estilos de vida autorreferenciales podría hacer metástasis, utilizando una imagen oncológica, y extenderse por todos los rincones de la Orden deteriorándola y comprometiendo su vitalidad.

[cf. Jn 17,14]

61. La preparación y celebración del V Centenario de nuestra Reforma Capuchina constituye un escenario propicio para recordar lo fundamental de nuestra identidad carismática y procurar encarnar la belleza de nuestro carisma. Es, también, una oportunidad para dar testimonio ante el mundo de la actualidad, fecundidad y vitalidad de nuestra espiritualidad franciscana y capuchina, viviendo en el mundo sin ser del mundo. Esperamos que estas consideraciones sean una verdadera provocación y logren estimular, en la mayoría de los hermanos, una reflexión autocrítica sobre la temática propuesta, pero sobre todo, esperamos que cada hermano pueda reflexionar, de manera serena y en la presencia del Altísimo, sobre su propia personalidad, los estilos de vida autorreferenciales que haya creado y, por supuesto, sobre los efectos que todo esto tiene en la vivencia de nuestro carisma.

Conclusiones

62. En cada reunión del Consejo general se abordan situaciones complejas, problemáticas y conflictivas. Todo esto es comprensible si se tiene en cuenta que nuestra Orden está compuesta por seres humanos frágiles y falibles, arraigados en la tierra y anhelantes del cielo, lo cual explica la ambigüedad de nuestra condición humana. No nos escandaliza ni nos desanima la presencia de estas situaciones en nuestra fraternidad universal, sin embargo, nos cuestiona la permanencia de algunas situaciones complicadas, sobre todo cuando están ligadas a personas concretas. Esto nos ha llevado a preguntar cuál sería el problema de fondo y cómo encontrar soluciones prácticas y realizables. Responder a estas inquietudes ha dado como resultado este subsidio que has leído y reflexionado.

63. En cada discusión del Consejo general se iba asomando una idea germinal, según la cual la personalidad de cada hermano estaba implicada en una situación conflictiva. No hay conflicto sin personas, se afirmaba, y cada conflicto se agudizaba por la personalidad de los hermanos implicados en esos conflictos. Era claro para nosotros que el asunto de la personalidad tenía que ser explorado y analizado para comprender con mayor amplitud todas las situaciones que abordábamos. Se entendió, también, que la correlación *personalidad-conflicto* representaba una seria amenaza para la vivencia de nuestra forma de vida, por eso nos propusimos reflexionar

25 [...] Destacan dos tendencias contradictorias. Por un lado, y en una medida sin precedentes, los individuos se preocupan por su cuerpo, están obsesionados por la higiene y la salud, y se someten a las prescripciones médicas y sanitarias. Por el otro, proliferan las patologías individuales, el consumo desmedido, los comportamientos anárquicos. El hipercapitalismo aparece acompañado de un hiperindividualismo acentuado, legislador de sí mismo, unas veces prudente y calculador, otras desordenado, desequilibrado y caótico. En el universo funcional de la técnica aumentan los comportamientos disfuncionales. El hiperindividualismo coincide no sólo con la interiorización del modelo del homo oeconomicus que persigue la maximización de sus intereses particulares en casi todas las esferas de la vida (escuela, sexualidad, procreación, religión, política, sindicalismo), sino también con la desestructuración de las Formas antiguas de la regulación social de los comportamientos, con una marea creciente de patologías, trastornos y excesos conductuales. Lipovetsky, G. y Charles, S. Los tiempos hipermodernos (Barcelona: Editorial Anagrama, 2008), p. 58.

sobre la implicación existente entre personalidad y carisma que, finalmente, dio nombre a estas consideraciones.

64. Podríamos sintetizar todo lo expuesto afirmando que una personalidad devine amenaza interna a la vivencia del carisma o, como decía san Francisco, se convierte en un *enemigo* de la fraternidad, cuando no está impregnada por la presencia de Dios, ni se deja transformar por Él. La personalidad es una manera de referirse a la compleja realidad humana constituida por varias *dimensiones* que van configurando, *histórica y biográficamente*, una forma específica de ser, reaccionar, relacionarse y proceder que identifica a una persona, la cual vive e interactúa en diferentes *escenarios relacionales* que retroalimentan este proceso de configuración. El carisma, por su parte, hace referencia a *cualidades personales* que se aprehenden en la íntima relación con el Altísimo, pues, más que indicar un don específico, haría referencia a la donación que Dios hace de sí mismo para vincularse con la persona, enriquecerla con su presencia y prepararla para continuar en la historia su acción salvífica. La relación íntima con Dios le permite a la persona aprehender sus cualidades divinas [carismas] y continuar en el tiempo su manera de relacionarse con toda la creación. Una personalidad sin carisma, por tanto, devine egolatría, fundamento de estilos de vida autorreferenciales.

65. Sabíamos que una reflexión sobre estos tópicos podría generar reacciones diversas entre los hermanos, sin embargo, consideramos que era necesario arriesgarnos a visibilizar esta amenaza silenciosa de la cual se habla poco, al darse por supuesta, o se evita hablar por la incomodidad que representa. Recurrimos, como no podía ser de otra manera, al itinerario biográfico de san Francisco de Asís, apoyándonos en su testimonio personal para tener la certeza que una transformación de la persona, y por tanto de la personalidad, es posible, tal como sucedió con él, siempre y cuando se logré establecer una auténtica e íntima relación con el Altísimo.

66. Dudamos un poco en presentar algunos casos específicos para ejemplificar lo que queríamos exponer, temiendo que algunos hermanos se sintieran evidenciados. Una moción del Espíritu nos ayudó a encontrar la manera adecuada para hacerlo, recurriendo a la imagen del hermano perfecto propuesta por san Francisco en el Espejo de Perfección. Construiríamos un perfil de personalidad ficticio a partir de historias particulares y auténticas, así ningún hermano se sentiría expuesto y, al mismo tiempo, ofreceríamos una descripción amplia en la que cada hermano pudiera ver reflejadas algunas características de su propia personalidad. Con esta estrategia pedagógica visibilizaríamos el problema de fondo y cuidaríamos la intimidad de aquellos hermanos que, en efecto, son fuente de conflicto a partir de sus rasgos de personalidad.

67. Quisimos, por otra parte, que estas consideraciones no tuvieran un carácter abstracto o meramente especulativo, pues este tipo de reflexiones suelen dejar indiferentes a los hermanos, olvidando con facilidad la temática propuesta. Decidimos elaborar una reflexión provocadora, que tocara las fibras personales y generara, incluso, incomodidad y aversión. A veces necesitamos que nos estremezcan para reaccionar y despertar de un profundo sueño. El asunto de la personalidad y sus impactos en la vivencia de nuestro carisma suele ser una temática olvidada, que se da por supuesto, y de la cual solo habría que preocuparse si sus efectos alcanzan cierta notoriedad, como en el caso de los trastornos de personalidad que, digámoslo con claridad, están presentes en nuestra Orden.

68. Esperamos que estas consideraciones te hayan dado alguna luz para comprender con mayor amplitud tu propia personalidad y, lo más importante, te hayan generado el deseo de iniciar, o continuar, un verdadero proceso de transformación personal que, no lo olvides, no depende sólo de ti, ni de tus fuerzas, ni del psicoterapeuta que frecuentas, sino de una verdadera e íntima relación personal con el Altísimo, tal como aconteció con nuestro santo Fundador. Te encomendamos en nuestras oraciones y rogamos al Señor, por intercesión de la Inmaculada Concepción, de san Francisco de Asís y de todos los santos y beatos de nuestra familia capuchina, te tome en sus manos y te convierta en una nueva creatura.

Referencias bibliográficas

1. Allport, Gordon W. *Personality: A Psychological Interpretation* (New York: Henry Holt and Company, 1937).
2. American Psychiatric Association. *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*, 5.ª Ed (Madrid: Editorial Médica Panamericana, 2013).
3. Biblia de Jerusalén (Madrid: Ediciones Paulinas, 2001).
4. Bover, José María y Sicre, José Luís. *Diccionario de las Sagradas Escrituras* (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1956).
5. Brown, Raymond E. *El Evangelio según Juan I–XII* (Barcelona: Editorial Claret; 1995).
6. Burgos, Juan Manuel. *Reconstruir la persona. Ensayos personalistas* (Madrid: Ediciones Palabra, 2009).
7. Capra, Fritjof. *La tejedura de la vida: Una nueva comprensión científica de los sistemas vivos.* Traducción de Antonio Manuel Ortiz (Barcelona: Editorial Anagrama, 1996).
8. Capra, Fritjof. *La Trama de la vida. Una nueva perspectiva de los sistemas vivos* (Barcelona: Editorial Anagrama, 2006).
9. Cervone, Daniel y Pervin, Lawrence A. *Personality: Theory and Research* (Hoboken: NJ, 2022).
10. Corominas, Joan y Pascual, José A. *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Tomo IV (Madrid: Editorial Gredos, 1980–1991).
11. Ecole Biblique et Archéologique Française de Jérusalem. *La Biblia de Jerusalén*, 6.ª Ed (Madrid: Ediciones Paulinas, 2001).
12. Fitzmyer, Joseph A. (2006). *Diccionario bíblico*, 6.ª Ed (Madrid: Ediciones Paulinas, 2006).
13. Fonti Francescane. Nuova Edizione (Pavova: Editrice Francescane, 2004).
14. Horst, Balz y Gerhard, Schneider. *Diccionario exegético del Nuevo Testamento,* V. I (Salamanca: Ediciones Sígueme, 1998).
15. Lipovetsky, Gilles. y Charles, Sébastien. *Los tiempos hipermodernos* (Barcelona: Editorial Anagrama, 2008).
16. Locke, John. *An Essay Concerning Human Understanding*. Editado por P. H. Nidditch. Obra original publicada en 1689 (Oxford: Clarendon Press, 1975).
17. Talarn, Antoni, Sáez, Francesc y Roca, Anna. *Relaciones, vivencias y psicopatología. Las bases relacionales del sufrimiento mental excesivo* (Barcelona: Herder Editorial, 2013).
18. Tertuliano. *Contra Práxeas* (Adversus Praxean). En J. Pouilloux, A. de Halleux, y J. C. Fredouille (Eds.). Tertullien: Oeuvres complètes (París: Éditions du Cerf. Colección Sources chrétiennes, n.º 198, 1972).
19. Torres Queiruga, Andrés. *Revelación y salvación. Ensayo de síntesis teológica* (Salamanca: Ediciones Sígueme, 1984).
20. Uribe, Fernando y Molina, Bernardo. *El canto del hombre pobre. Lectura y actualización de las admoniciones de san Francisco de Asís* (Madrid: Escuela Superior de Estudios Franciscanos, 2017).